

las estrellas, como en este momento?

—Yo? gritó el campesino; buena cosa! créa usted que yo hago almanaques? qué sacaré con su luz de estrellas y su sol poniente? Lo importante es ganar con qué hacer sus tres comidas y tener el estómago caliente... Querría usted un trago de aguardiente de cereza? Este viene del otro lado del Rhin.

Y tendió una botellita en canastilla a Arnoldo, quien la rechazó con la mano. La grosería positivista del campesino lo arrastró de nuevo a sus pesares y desdenes. ¿Eran mejores los hombres parecidos a él o esos desgraciados esclavos de sólo las necesidades del trabajo, que vivían en el seno de la creación sin mirarla, y cuya alma nunca se levantaba por encima de las sensaciones más reales y más cercanas? Qué era, para esta triste mitad del género humano, el mundo de poesía en el cual el joven saboreaba los más dulces placeres? Llevada por el cabestro del instinto, no parecía condenada a rumiar fuera del Edén cuyas puertas le había abierto una riquísima naturaleza? Parecía que ella viviera en apariencia una vida semejante a la suya; pero qué abismo entre sus almas! Tendrían ellas sólo algunas inclinaciones comunes? Habría algo parecido que probara su fraternidad original? Cada vez más dudaba Arnoldo. Cuanto más reflexionaba, más le parecía que la poesía—flor inmaterial de todas las cosas—era el privilegio de algunas castas exquisitas, mientras que el montón vegetaba sin rumbo en el marco uniforme del prosaísmo.

Tales pensamientos comunicaron a sus maneras un cierto desprecio descuidado para su guía, a quien no dirigió más la palabra. Moser no manifestó ni sorpresa ni resentimiento y se puso a silbar un aire que interrumpía de cuando en cuando con las voces de aliento que mandaba a sus bueyes.

Así llegaron hasta la casa en donde los anunció el ruido de los cascabeles. Un muchacho y una mujer de regular edad aparecieron a un mismo tiempo en el umbral.

—Eh, es el padre! grito la mujer entrándose de nuevo hasta la cocina, en donde se oían voces de varios niños que corrieron hacia la puerta con gritos de alegría, y se prendieron a las piernas del campesino.

—Un momento más, muchachitos!—interrumpió el padre con voz gruesa, huyendo hacia la carreta de donde sacó una canasta cubierta;—Fritz, deja desenyugar.—Pero los niños continuaban sitiando al labrador y gritaban todos a la vez. Se inclinó para abrazar uno después del otro, después dirigiéndose al conjunto:

—Dónde está Juan? preguntó con precipitación, como con inquietud.

—Aquí, papá, aquí, respondió una vocesita aguda que salía de la puerta de la casa; mamá no quiere que salga con esta lluvia.

—No venga, no venga,—dijo Moser, que espantaba los bueyes desenyugados, yo voy hacia usted, entren ustedes para que no le den ganas de salir.

Hablando así, había atravesado la sala y metió a su huésped en una especie de comedor cuyas paredes enca-ladas tenían como única decoración grabados de colores groseros. Entrando allí Arnoldo distinguió a Juan sentado en el suelo, rodeado de sus hermanos, entre quienes repartía el pastel que le regalara su padre. Pero cada uno hallaba muy grande su parte y reclamaba que le dieran menos; fué preciso toda la elocuencia del jiboso, para obligarlos a que aceptaran las partes tal como él las daba. El joven cazador observó algún tiempo este debate con interés singular y le manifestó su admiración a la campesina cuando los niños volvieron a salir.

—Es cierto,—mire, dijo ella con una sonrisa y un suspiro,—que hay horas en que una diría que les aprovecha ver las enfermedades de Juan: entre ellos difícilmente ceden; pero ninguno rehusa nada a Juan: es como un ejercicio constante de la complacencia y de la abnegación.

—Eso es ¡preciosa virtud! interrumpió Moser: quién pudiera negar algo a un inocente tan sufrido? Es una